

6-1997

## Las églogas profanas de Pedro Manuel Ximénez de Urrea

Jesús Maire Bobes

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

---

### Recommended Citation

Maire Bobes, Jesús. (1997) "Las églogas profanas de Pedro Manuel Ximénez de Urrea," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 11, pp. 45-78.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact [bpancier@conncoll.edu](mailto:bpancier@conncoll.edu).

The views expressed in this paper are solely those of the author.

## 2

---

### LAS ÉGLOGAS PROFANAS DE PEDRO MANUEL XIMÉNEZ DE URREA

Jesús MAIRE BOBES

Juan del Encina creó en Castilla un tipo de teatro que estaba vinculado estrechamente con la realidad social, política y religiosa de su tiempo. En la Edad Media, existían pocas posibilidades de promoción y ascenso, pero las transformaciones económicas y sociales que se produjeron a fines de ese periodo provocaron un gran dinamismo social y frecuentes cambios de estado. El desarrollo de la economía monetaria resquebrajó y minó las bases del férreo orden medieval, el cual se basaba en el poder de Dios, en la entronización del linaje, en la fuerza de la tradición y en el concepto del honor.<sup>1</sup> Los Trastámara encumbraban a plebeyos porque necesitaban mermar la fuerza de sus poderosos y opulentos parientes. Los Reyes Católicos elevaban a letrados que pertenecían al común y los situaban en los nuevos organismos administrativos y gubernamentales, en la Iglesia, en la milicia y en el Consejo Real.<sup>2</sup> Conforme a la opinión de Weber, en el viejo orden, el rey se ampara en los aristócratas; en el estado moderno, en cambio, se apoya en plebeyos, "en grupos sociales desposeídos de bienes y desprovistos de un honor social propio, enteramente ligados a él en lo material y que

---

<sup>1</sup> Véase J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*, Madrid, Revista de Occidente, 1972, II, págs. 19-20 y A. Von Martin, *Sociología del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, pág. 13 y ss.

<sup>2</sup> Cf. T. de Azcona, *Isabel la Católica*, Madrid, B.A.C., 1964, pág. 308 y ss. Isabel concedió casi trescientos privilegios de exenciones, caballerías e hidalguías; en Aragón, Fernando reconoció a los ricos burgueses de Barcelona los mismos derechos que disfrutaban los nobles. Cf. M<sup>a</sup>. C. Gerbet, *Las noblezas españolas en la Edad Media. Siglos XI-XV*, tr. M<sup>a</sup>. J. García, Madrid, Alianza, 1997, págs. 326-27. Los componentes del Consejo Real eran conversos y cristianos viejos. Véase *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, 1842, I, págs. 122-27.

no disponen de base alguna para crear un poder concurrente".<sup>3</sup> Así mismo, en el siglo XV, la actividad comercial ya había enriquecido y enaltecido a muchos hombres del tercer estado, según atestigua Enrique de Villena:

Por estado de cibdadano entiendo cibdadanos honrados, burgueses, ruanos, omnes de villa que non biven de su trabajo ni an menester conoscido de que se mantengan.<sup>4</sup>

La meta de los burgueses era lograr la nobleza de privilegio, la cual concedía los mismos derechos que la nobleza de sangre: exención de pechos, prerrogativas fiscales y judiciales, desempeño casi exclusivo de los cargos y puestos más altos en la monarquía y los municipios, preeminencia, vida pomposa, porte aristocrático y prestigio social.<sup>5</sup> Paulatinamente, fue modificándose la manera de "valer más" y se facilitó el alcance de la honra.<sup>6</sup>

La nobleza y el clero no aceptaban de buena gana que el común se hiciera acreedor de sus derechos y rechazaban tanto las actividades de los burgueses como sus afanes de medrar.<sup>7</sup> El canciller Ayala había censurado con dureza el afán de lucro, típico de la mentalidad burguesa, y acusaba a los mercaderes de cometer perjurio, mentir y engañar:

Todas estas riquezas son niebla e roçio;  
[con] onras e orgullos e aqueste loco brío  
échase omme sano e amanesçe frío,  
ca nuestra vida corre como agua de río.  
(...)  
Pues ¿qué de los mercadores aquí podría dezir,  
si tienen tal ofiçio para poder fallir,  
jurar e perjurar e todo sienpre mentir?  
(...)  
fazén oscuras sus tiendas e poca lunbre les dan

---

<sup>3</sup> M. Weber, *Escritos políticos*, ed. J. Aricó, México, Folios Ediciones, 1982, II, pág. 313.

<sup>4</sup> Apud J. A. Maravall, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>5</sup> Cf. A. Domínguez Ortiz, *La sociedad española en el siglo XVII. I. El estamento nobiliario*, ed. facsímil, Granada, Universidad-CSIC, 1992, págs. 180-81.

<sup>6</sup> Cf. J. Caro Baroja, "Honor y vergüenza. Examen histórico de varios conflictos", en J. G. Peristiany, *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor, 1968, págs. 77-126.

<sup>7</sup> Cf. J. A. Maravall, *Antiguos y modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1986, págs. 99-103.

(...)

e, pues, quien tiniebras ama, verlas sienpre merescé  
e con el cabdillo d'ellas el tal pecador perescé.<sup>8</sup>

El obispo Sánchez de Arévalo opinaba que los oficios de los mercaderes "no disponen a virtud. E aun comúnmente las tales personas, que no son ocupadas en agricultura o en artes necessarias, danse a vagaciones y malos occios, de guisa que fazen sediciones y coliganças contra el principado y levantan y bollecen los pueblos contra los señores".<sup>9</sup> Un amigo de Fernando de Pulgar se quejaba de algunos convecinos toledanos que, no siendo de linaje, habían alcanzado "honras é oficios de gobernación". Protestaba porque "el defecto de la sangre les quita la habilidad de gobernar". Pulgar constata que muchos plebeyos abandonaban las bajas ocupaciones de sus padres y, estudiando, lograban "aprender sciencias é ser grandes letrados". Otros se inclinaban bien a las armas, bien a la administración, bien a distintas artes.<sup>10</sup>

La mentalidad de la aristocracia se había visto dominada así mismo por el afán de lucro de la burguesía. Las antiguas costumbres castellanas se habían modificado en el siglo XV. Santa Cruz atribuye la siguiente sentencia a Joan de Silva, conde de Cifuentes, hombre famoso porque en el concilio de Basilea, para demostrar la preeminencia de Castilla sobre Inglaterra, tomó al embajador inglés, lo arrojó del lugar que éste ocupaba y sentóse en él. El conde afirmaba que, en los tiempos pasados, los señores basaban su prestigio en su poderío militar y en su época, en el poder económico ("contaban por lanzas, y agora por cuentos").<sup>11</sup> Valera también se quejaba de los nobles que no se avergonzaban de

ser mercadores e usar de oficios aun más desonestos, antes piensan aquestas cosas poder convenirse; sus pensamientos que ser solian en sólo el bien público, con grant deseo de allegar riquezas por mares e tierras son esparzidos.<sup>12</sup>

---

<sup>8</sup> P. L. de Ayala, *Libro rimado del Palacio*, ed. J. Joset, Madrid, Alhambra, 1982, I, págs. 143-156.

<sup>9</sup> R. Sánchez de Arévalo, *Suma de la politica*, en B.A.E., CXVI, pág. 263 a.

<sup>10</sup> Pulgar explica a su amigo que es preciso admitir que consigan riqueza quienes proceden de oscuro linaje porque los seres humanos no podemos quitar a una persona su inclinación natural ni su capacidad de mejorar en un oficio u otro. Cf. F. de Pulgar, *Letras*, en B.A.E., XIII, pág. 47. Para una perspectiva europea de la cuestión, véase A. Tenenti, "El comerciante y el banquero", en E. Garin, ed., *El hombre del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1993, págs. 197-228.

<sup>11</sup> Cf. M. de Santa Cruz, *Floresta española*, ed. M. Cabañas, Madrid, Cátedra, 1996, pág. 191.

<sup>12</sup> Cf. D. de Valera, *Espejo de verdadera nobleza*, en B.A.E., CXVI, pág. 107 a.

La Iglesia también se había mercantilizado por cuanto promovía la creencia de que, a cambio de ingresar dinero en sus arcas, el hombre saldaba los pecados y abreviaba las penas de las almas que se purificaban en el purgatorio.<sup>13</sup>

El teatro fue una de las armas que emplearon los aristócratas para fustigar a los nuevos ricos que pretendían “emendar el mundo, é repartir los bienes é honras dél á su arbitrio”.<sup>14</sup> La sociedad estimaba que el pastoreo era una de las ocupaciones más viles. Para degradar y envilecer a esos villanos que se jactaban de haber alcanzado preeminencia social, Juan del Encina, paniaguado de los duques de Alba, ideó un eficaz procedimiento: los subió a las tablas y los humilló vistiéndolos con el disfraz del oficio más ruin. La risa estaba asegurada si ante un auditorio formado por aristócratas, caballeros e hidalgos aparecían unos pastores zafios y montaraces que, conduciéndose torpe y groseramente, se enorgullecían, sin embargo, de su cortesía, riqueza o sabiduría.<sup>15</sup>

El personaje del pastor se inscribía en una tradición litúrgica (el *Officium Pastorum*) y otra literaria (las *Coplas de Mingo Revulgo*, las *Coplas de Vita Christi*). En la literatura del Quinientos desempeñó diversos papeles (imagen divina en *De los nombres de Cristo*, estampa idealizada en la poesía y la novela renacentistas, etc.), pero el teatro optó por la vía satírica. Encina había alabado la vida de los pastores en el prólogo a su traducción de las *Bucólicas*, mas, en este caso, la idealización era evidente. Pensadores, tratadistas, historiadores, desprestigian el mundo villanesco sistemáticamente. Sánchez de Arévalo (*Spejo de la vida humana*), F. de Pulgar (*Letras*), A. de la Torre (*Visión delectable*), Fernández de Oviedo (*Batallas y quinquagenas*) y otros escritores tildan a los villanos de “gente soez, de baxo linaje, ruin, indigna, grosera, zafia”. El interés por la figura del pastor se debe, en buena medida, a que la vida medieval giraba en torno a las cañadas. Los Reyes Católicos protegían la actividad ganadera porque, entre otras

---

<sup>13</sup> Cf. A. Tenenti, *op. cit.*, pág. 205.

<sup>14</sup> Cf. F. de Pulgar, *op. cit.*, pág. 47 a. De la saña con que la literatura medieval se cebó en los burgueses da fe la famosa historia LXXVII del *Decamerón*, en la cual un rico mercader es cruelmente burlado por su esposa y por su intendente.

<sup>15</sup> Encina y sus discípulos obedecían a unas obligaciones que establecían sus protectores. Véase J. M.ª Díez Borque, *Historia del teatro en España*, Madrid, Taurus, 1990, I, págs. 21-22. El espectáculo se dirige, por tanto, a un “público cautivo”, según A. Hermenegildo, *El teatro del siglo XVI*, en R. de la Fuente, ed., *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Júcar, 1994. Ahora bien, cuando el teatro se convierta en actividad rentable, abandonará los palacios e inundará los corrales. Véase Á. Berenguer, “Introducción” a *Madrid en el teatro. Siglos de Oro*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1994, pág. XIII.

razones, obtenían pingües beneficios de la exportación de la lana.<sup>16</sup> Encina y sus discípulos pretendían demostrar en sus églogas y farsas que, aunque los plebeyos fuesen oidores, banqueros, artesanos, pañeros o labriegos, todos poseían las diversas connotaciones del vocablo "pastor": ignorancia servidumbre y bajeza. Aristóteles (*Pol.*, I, cap. V) proporcionaba la siguiente base filosófica: desde nuestro nacimiento, estamos destinados a gobernar o a ser gobernados. Así como el alma manda al cuerpo; así el señor, al esclavo. Quienes trabajaban con sus manos eran esclavos y debían estar sometidos al amo. Unos eran aptos para las tareas mecánicas; otros, para las políticas. Por naturaleza, era justo que aquéllos fueran esclavos y, por ende, una parte de la propiedad del señor. Estos juicios fueron adoptados por los tratadistas para justificar que los privilegios fuesen disfrutados por una minoría.<sup>17</sup>

Por más que letrados, comerciantes o mercaderes hubiesen alcanzado honores, cargos y riqueza, continuaban siendo villanos. Los "bienes y honras" debían seguir perteneciendo a la minoría de siempre. El teatro ridiculizaba al estado llano,<sup>18</sup> pero, sobre todo, a los burgueses, quienes, como amenazaban con alterar la estructura social, quedaban humillados y condenados de modo incuestionable a efectuar las tareas propias de quien era el último eslabón de la cadena social. La villanía, antítesis de la hidalguía, revelaba humilde linaje, vulgar condición o servil estado; por tanto, la obligación del común no consistía en emular a la nobleza, sino en servir y sufrir las mismas condiciones de vida que sus antepasados habían soportado bajo el feudalismo.<sup>19</sup>

Además de este componente social y político, existía en el siglo XVI una grave

---

<sup>16</sup> Cf. M. Fernández Álvarez, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, Editora Nacional, 1983, págs. 94-95. La mayoría de los vecinos de ciudades como Benavente o Baeza vivía de las actividades agrarias. Cf. J. Valdeón, *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid, Siglo XXI, 1975, págs. 16-17.

<sup>17</sup> Según Aristóteles (*Pol.*, I, cap. VIII), los hombres más perezosos eran los pastores, quienes solían combinar diversas formas de vida: agricultura, pastoreo y bandidaje.

<sup>18</sup> No es preciso recordar que el lenguaje aún refleja esta discriminación, según ponen de relieve, entre otros, los vocablos "caballero", "noble", "señor", "villano". El refranero recoge también esta vejación: "*Cuando el villano está en el mulo, ni conoce a Dios ni al mundo*", "*Cuando el villano no está rico, ni tiene pariente ni amigo*", *El villano y el nogal, a palos dan lo que han*" (G. Correas, *Vocabulario*, pról. M. Mir, ed. V. Infantes, Madrid, Visor, 1992, págs. 135 y 506).

<sup>19</sup> Aunque algunos medrasen, las grandes fortunas del Siglo de Oro seguían estando en poder de los magnates (cuyos ingresos superaban los cien mil ducados anuales) y del alto clero (el arzobispo de Toledo se embolsaba doscientos cincuenta mil ducados cada año). Un peón ganaba anualmente unos treinta ducados. Véase M. Fernández Álvarez, *op. cit.*, págs. 124-25. Los datos son posteriores al periodo que estudiamos.

controversia religiosa que enfrentaba a cristianos viejos y nuevos. Los villanos eran, por regla general, cristianos viejos; Juan del Encina, Lucas Fernández, Bartolomé de Torres Naharro y otros autores eran conversos.<sup>20</sup> No podían vencer a sus enemigos, pero disponían de un medio eficaz para denigrarlos, la pluma, que empleaban para retratarlos como si fueran necios que aceptaban sin rechistar los más enrevesados sofismas, crédulos que cifraban sus esperanzas en la salvación eterna, bobalicones devotos que, sin embargo, no practicaban las enseñanzas del Evangelio. En muchas ocasiones, los utilizan para cuestionar principios del dogma. Así, en la *Égloga de las grandes lluvias*, de Juan del Encina, un ángel anuncia el nacimiento del Salvador. Rodrigacho no entiende bien y Juan sospecha que el ángel ha dicho "saludador".<sup>21</sup> Encina confunde intencionadamente "salvador" con "saludador" y, de este modo, identifica a Jesús con un impostor y niega su condición de Mesías. Los saludadores pretendían curar enfermedades pronunciando ciertas palabras y ejecutando determinadas ceremonias. Las curaciones efectuadas por Cristo no eran sino artificios similares a los que preparaban los embaucadores. Jesús, según cuentan los evangelistas, ya había sido acusado de practicar la magia (Cf. Lc 11, 14-26; Mt 12, 22-45; Mc 3, 20-26).

El modelo teatral creado por Juan del Encina fue imitado en Aragón por Pedro Manuel Ximénez de Urrea, segundón de don Lope Ximénez de Urrea, a quien el rey Fernando el Católico premió con el condado de Aranda.<sup>22</sup> Urrea nació en 1486. Cuando murió su padre, heredó el condado su hermano mayor, Miguel. Es posible que la familia padeciese apuros financieros,<sup>23</sup> pero el primogénito, quien se casó con la hija de uno de los hombres más ricos de Aragón,<sup>24</sup> no se condujo generosamente ni con su madre ni con sus hermanos. A causa, quizás, de la herencia paterna, hubo pleito entre ellos. Pedro Manuel recibió el señorío de Trasmoz, lugar en donde vivió apartado durante cierto tiempo. En 1505 contrajo matrimonio con María de Sessé, quien era hija de personas

---

<sup>20</sup> Cf. A. Castro, *De la edad conflictiva*, Madrid, Taurus, 1976, pág. 195. La Inquisición censuró, prohibió y expurgó sus obras. Véase A. Márquez, *Literatura e Inquisición en España (1478-1834)*, Madrid, Taurus, 1980, pág. 197.

<sup>21</sup> Cf. J. del Encina, *Teatro completo*, ed. M. Á. Pérez Priego, Madrid, Cátedra, 1991, pág. 199.

<sup>22</sup> Analizamos la actividad teatral de este autor en *La obra dramática de Ximénez de Urrea*, tesis doctoral inédita que, dirigida por el profesor J. M<sup>a</sup>. Díez Borque, fue leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1993.

<sup>23</sup> Cf. E. Marín Padilla, "La villa aragonesa de Épila en el siglo XV: sus judíos", *Sefarad*, LIII (1993), págs. 289-319.

<sup>24</sup> Cf. R. Boase, *El resurgimiento de los trovadores*, Madrid, Pegaso, 1981, pág. 169.

principales de la corte. El amor a su esposa no le impidió componer numerosos poemas en que elogia a una dama llamada Leonor y a otras mujeres. Como su madre se interesaba habitualmente por su trabajo de escritor, acostumbra a dedicarle sus obras: *Penitencia de amor*, *Peligro del mundo*, las églogas y el *Cancionero*. Hacia 1510 se produjo uno de los hechos más curiosos de la vida de Pedro Manuel. Se trata de la querrela que, junto a su hermano Miguel, mantuvo con don Alonso, conde de Ribagorza, a causa de ciertas aguas que le tomaron. El señor de Trasmoz armó a su gente, taló pinos y viñas de su enemigo y hubo de enfrentarse a las tropas de éste. La intervención real solucionó el pleito, que se falló con la condena a don Alonso a ser desterrado del reino de Aragón. No obstante, la actividad caballeresca no gustaba en exceso a Ximénez de Urrea, quien centró su actividad en la literatura. Confiesa reiteradamente a su madre que sentía gran afición por las letras latinas, la lectura y la escritura. Imprimió su *Cancionero* en 1513 y *Penitencia de amor*, en 1514. En 1516, recogió las obras anteriormente publicadas, las églogas y otras composiciones en el *Cancionero de todas las obras de don Pedro Manuel de Urrea, nuevamente añadido*.<sup>25</sup> En 1523, publicó la *Peregrinación de Jerusalem, Roma y Santiago* (obra desaparecida actualmente). Murió hacia 1529.

Ximénez de Urrea no es un autor original puesto que imitó las diversas corrientes estéticas que existían en su época. Escribió poemas al modo cortesano (galantes, moralizadores, devotos...), composiciones alegóricas en prosa (en las que suele conversar con sus filósofos favoritos o tratar asuntos religiosos) y obras dramáticas. Sus poemas cortesanos revelan gran interés por el diálogo, que puede establecerse directamente con la amada o con los ojos de ésta. Los requiebros obedecen a las normas del amor cortés. Realza a la dama con los atributos más excelsos: nobleza, honestidad, recato, castidad y hermosura. Define el amor con finura y primor y repite los tópicos habituales del galanteo: es preferible la muerte a vivir en la cárcel de amor, el amante no puede descubrir sus cuitas aunque disfruta contemplando a la amada... En sus poemas devotos, el poeta ruega, alaba o jura fidelidad a familiares, amigos y aun a la Virgen o a Cristo. Algunos poemas recuerdan el bellissimo romance del prisionero y otros aluden a los pecados capitales.

En las obras alegóricas en prosa, Pedro Manuel acostumbra a pasear por hermosos lugares en compañía de personas que simbolizan ya el conocimiento, ya la desesperación. Algunas composiciones, como *Casa de sabiduría*, se parecen a los momos ya que los personajes llevan disfraz, bailan y pronuncian varios parlamentos. En *Batalla de amores*, el autor topa en un monte con un ermitaño y dialoga con él sobre los vicios mundanos. En *Jardín de hermosura*, Ximénez de Urrea es visitado por Séneca, quien le muestra un hermoso jardín, aunque engañoso. En *Rueda de peregrinación*, la

---

<sup>25</sup> En él se basó E. Asensio para editar cinco églogas y varios poemas: *Églogas dramáticas y poesías desconocidas*, Madrid, Joyas Bibliográficas, 1950.



Humanidad, la Castidad, el Autor, la Iglesia, los Judíos, los Cristianos y los Mahometanos hablan, tratan y discuten de asuntos religiosos.

La obra teatral de Urrea consta de una obra semidramática titulada *Penitencia de amor*, la versificación de una parte del primer auto de *La Celestina*, cuatro églogas profanas y una égloga religiosa. *Penitencia de amor* es una de las imitaciones más antiguas de *La Celestina*. La caracterización de los dos protagonistas, Darino y Finoya, es similar a la de Calisto y Melibea; su proceso de enamoramiento es también semejante; el criado Renedo desempeña la misma función que la tercera, etc. Sin embargo, Ximénez de Urrea falla en la imitación porque los personajes carecen de vida, no acierta a introducir novedades, mezcla géneros (novela sentimental, égloga, comedia humanística)<sup>26</sup> e idea un desenlace poco feliz.<sup>27</sup> Las aportaciones de su versificación de *La Celestina* (*Égloga de la tragicomedia de Calisto y Melibea*) son escasas. Urrea se dedica a refundir el texto original, introduciendo algunos vocablos y eliminando o cambiando otros.<sup>28</sup> Debemos valorar, sin embargo, el hecho de que Urrea fuese capaz de dramatizar un fragmento de la famosa obra, el cual se representó, probablemente, en el palacio familiar de Épila.<sup>29</sup>

En sus églogas profanas,<sup>30</sup> emula a Juan del Encina y a Lucas Fernández. En su *Égloga llamada Nave de seguridad*, pretende vincular el motivo ético con el amoroso. El pastor Mingo, disconforme con la maldad existente en el mundo, abandona éste y entra en religión. Su hijo Benito, cuando se entera de ello, se desmaya. Bertol va en

---

<sup>26</sup> Reflexiona sobre este asunto J. L. Canet Vallés, "Introducción" a su ed. *De la comedia humanística al teatro representable*, Sevilla-Valencia, UNED, 1993, págs. 49-52.

<sup>27</sup> D. Ynduráin, en su "Estudio preliminar" a la ed. de *Penitencia de amor*, Madrid, Akal, 1996, pág. 6, habla de la escasa aptitud de Urrea para la literatura, aunque reconoce su destacada "sensibilidad para apreciar las obras ajenas".

<sup>28</sup> Véase R. H. Webber, "Pedro Manuel de Urrea y *La Celestina*", en AA. VV., *La Celestina y su contorno social. Actas del I Congreso Internacional sobre La Celestina*, al cuidado de M. Criado de Val, Barcelona, Borrás, 1977, págs. 359-366 y M. C. Ayala Castro, "Índices léxicos de la *Égloga de Calisto y Melibea* y su comparación con el del primer auto de *La Celestina*", *Archivo de filología aragonesa*, 38 (1986), págs. 251-264.

<sup>29</sup> Véase M. Á. Pérez Priego, "Introducción" a su ed. *Cuatro comedias celestinescas*, Sevilla-Valencia, UNED, 1993, pág. 15. Apoyándose en los argumentos, afirma Surtz que cuatro églogas fueron representadas. Cf. R. E. Surtz, *The Birth of a Theater. Dramatic Convention in the Spanish Theater from Juan del Encina to Lope de Vega*, Madrid, Castalia, 1979, pág. 151.

<sup>30</sup> Sobre las diversas acepciones del término, véase M. Newels, *Los géneros dramáticos en las poéticas del Siglo de Oro*, tr. A. Sole-Levis, Londres, Tamesis, 1974 y J. M.<sup>a</sup> Díez Borque, *Los géneros dramáticos en el siglo XVI: el teatro hasta Lope de Vega*, Madrid, Taurus, 1987.

busca del físico. Vuelven ambos y, tan pronto como el médico contempla al enfermo, prescribe aquél que, para sanar a éste, deben ir a buscar a la amada del pastor. Parten y regresan con Menga. En cuanto Benito oye la voz de su enamorada, vuelve en sí. Todos, muy contentos, entonan el villancico final. El resultado dramático es bastante mediocre por cuanto la sustitución del personaje que encarna el mensaje moral por otro que desarrolla la temática amorosa no resulta convincente. Urrea utiliza algunos rasgos del sayagués para ridiculizar a sus pastores, pero no alcanza la habilidad y viveza de expresión de Encina o Fernández. Las figuras retóricas, muy elaboradas, muestran la capacidad poética del autor, pero deslucen la eficacia dramática. Los personajes son tipos (amante, confidente, amada...); no hay seres individuales que posean complejidad psicológica alguna y no existe una delimitación clara entre personajes principales y secundarios. El diálogo está mal encadenado ya que la modalidad afirmativa suele ser casi siempre la dominante, se repiten pocos elementos verbales que ligen la conversación y apenas aparecen posesivos y nexos de coordinación. Otros elementos útiles para el diálogo, como los apoyos de discurso o los tiempos fuertes, no traen consigo una concentración poderosa de efectos. El ritmo suele ser monótono pues las réplicas se alargan de forma innecesaria. La regularidad en la entrada y salida de personajes se rompe ya que Bertol y el físico salen y dejan vacío el escenario (Benito está desmayado). El texto carece de fuerza dramática porque no hay alternancia de tiempos fuertes y blandos y la abundancia verbal no supone abundancia de información.<sup>31</sup>

En la égloga tercera,<sup>32</sup> Pascual descubre a su amigo Pedro que ha contratado los servicios de una alcahueta para conquistar a Bertola. Cuando se celebra la cita amorosa, Ximénez de Urrea elimina a la tercera y la sustituye por Lloriente. Mientras que dialogan los pastores, aparece un tamborino, quien disputa con Pascual. Éste, incapaz de enfrentarse a su rival, se marcha, regresa disfrazado de ermitaño y, escudándose en el hábito religioso, arremete contra su competidor y lo ahuyenta. Los pastores se disponen a comer y entonan el acostumbrado villancico. Ximénez de Urrea no explota el juego ofrecido por la vieja, sino que la aparta de escena cuando se produce el diálogo entre Pascual y Bertola. El recurso de disfrazar a Pascual de ermitaño es elemental porque no se aprovechan las posibilidades del equívoco y del conflicto consiguiente.<sup>33</sup> Como el

---

<sup>31</sup> El buen diálogo huye de los muy habladores que dicen poco. Cf. P. Larthomas, *Le langage dramatique. Sa nature, ses procédés*, Paris, Librairie Armand Colin, 1972, págs. 291-2.

<sup>32</sup> Ordenamos las églogas que carecen de título según están dispuestas en el *Cancionero* de 1516, por el cual citaremos.

<sup>33</sup> Véase J. M<sup>a</sup> Díez Borque, "Presencia-ausencia escénica del personaje", en AA.VV., *El personaje dramático. Ponencias y debates de las VII jornadas de teatro clásico español (Almagro, 20 al 23 de septiembre, 1983)*, al cuidado de L. García Lorenzo, Madrid, Taurus,

poeta acude en muchas ocasiones al infinitivo y a otras formas verbales, las rimas resultan fáciles y pobres. El léxico es bastante prosaico puesto que abusa de *verba omni*bus (la palabra *cosa* sirve para designar diversas situaciones y objetos).

En la égloga cuarta, Galeyo, aconsejado por Gil, acude a un casamentero para que éste negocie su matrimonio con Antona. La pastora llega acompañada de su madre, quien acepta la dote ofrecida por el novio y consiente en el casamiento. El personaje del casamentero está más elaborado que el de la vieja, pero siguen existiendo figuras débiles; así, Antona es una verdadera comparsa, aparece en muy pocas ocasiones e interviene poco. Las entradas y salidas de los personajes son muy primitivas. Galeyo habla de sus amoríos sin darse cuenta de que Gil está presente. Sin embargo, en el argumento, Ximénez de Urrea había indicado: “Y luego entró otro llamado Gil”. Hay movimientos elementales; a saber: entrar llamando a un personaje, invadir el escenario de forma brusca, etc.<sup>34</sup>

En la égloga quinta, Solino explica a Rolano que muere de amor por Pavina. Entra un rufián braveando y alabando a la zagala, quien aparece enseguida. Da la impresión de que Solino y el rufián iniciarán una acción amorosa o se pelearán, mas empiezan a jugar a las maravillas. Entra Argineo y comienzan las pullas.<sup>35</sup> Al cabo, todos se amistan. Como en el resto de sus églogas, Ximénez de Urrea, desde dentro del diálogo, señala cuáles son los gestos, movimientos y objetos existentes en escena, pero la égloga carece de riqueza visual. A través de las didascalias, descubrimos que los accesorios son escasos; el movimiento de los personajes, torpe; la indumentaria, pobre.

En su égloga religiosa, los personajes son meras figuras hieráticas, las cuales se dedican a exponer un mensaje religioso. Apenas existe acción dramática. Posiblemente, estos defectos explican por qué Ximénez de Urrea es un autor secundario. Ahora bien, no carece de interés. En las cuatro églogas profanas que estudiamos (representadas, probablemente, en el palacio familiar de Épila ante ilustres señores), Pedro Manuel ridiculiza al tercer estado caricaturizando a tres tipos de villanos: el virtuoso, el galán y el burgués.

Los Reyes Católicos, con el fin de reducir el poderío de la nobleza, que, desde tiempo

---

1985, págs. 53-65.

<sup>34</sup> Cf. A. Hermenegildo, “Nueva interpretación de un primitivo: Lucas Fernández”, *Segismundo*, 3 (1966), págs. 1-43.

<sup>35</sup> Sobre la posible relación de estas controversias con los versos fesceninos o con el intento de imitar grotescamente las tensones, véase J. P. W. Crawford, “*Echarse pullas*, a Popular Form of Tenzon”, *The Romanic Review*, VI (1915), págs. 150-164.

inmemorial, regía poderosas sedes,<sup>36</sup> gozaba de succulentos beneficios y ocupaba altas dignidades,<sup>37</sup> decidieron proveer los obispados en letrados que, mayormente, procedían del tercer estado. Es muy probable que esta resolución no gustara excesivamente a los nobles (ni a Ximénez de Urrea) pues las prebendas más jugosas siempre habían sido aprovechadas por los segundones de la nobleza. Por otro lado, a comienzos del siglo XVI resultaba muy fácil acceder a la clerecía. En Cádiz y en Trujillo, se hicieron clérigos todos los que quisieron, incluso ancianos y conversos. El clérigo de corona disfrutaba de beneficios, privilegios fiscales y jurídicos; podía burlarse impunemente de la justicia civil, vivir disipadamente y disponía de una tabla de salvación segura.<sup>38</sup> Contra todo esto reacciona nuestro autor en la égloga *Nave de seguridad*: ridiculiza tanto la facilidad con que el vulgo accedía al clero inferior como la ambición de los plebeyos que comenzaban a copar los cargos eclesiásticos. Pascual de Ampudia, obispo de Burgos, procedía de una familia de labradores; Martín García, confesor de Isabel la Católica y obispo de Barcelona, había sido pastor en los montes de Caspe; Francisco Ruiz, obispo de Ciudad Rodrigo y de Ávila, era hijo de padres humildes.<sup>39</sup> Los Reyes Católicos también promovieron a conversos (Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, entre otros) y a nobles (D. Pedro González de Mendoza fue uno de sus consejeros más influyentes).

La intención de burlarse de los villanos se percibe claramente cuando observamos la denominación utilizada para distinguir a sus personajes. Ximénez de Urrea, siguiendo el modelo de Juan del Encina, emplea el nombre de Mingo, el cual, hipocorístico de Domingo, alude a la festividad del cristiano viejo; se refiere a “hombre vanidoso” y suele emplearse en contextos obscenos. Domingo, como es sabido, procede del latín *dominicus* ‘del señor’. El sentido erótico de Mingo procede de su étimo latino, *mingere*, ‘mear’. A partir de una asociación por metonimia entre *Mingo/Minga*, se relaciona con

---

<sup>36</sup> El arzobispo de Toledo ejercía el mero y mixto imperio, señoreaba a veinte mil vecinos, disponía de fortalezas y mandaba una fuerza de dos mil hombres. Cf. T. de Azcona, *op. cit.*, p. 430-32.

<sup>37</sup> En la época de los Reyes Católicos, Toledo rendía ochenta mil ducados; Zaragoza, veinte mil. Véase T. de Azcona, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, C.S.I.C., 1960, págs. 35-36. Durante el gobierno de Cisneros, en Castilla había unos quince mil beneficios; en el arzobispado de Toledo, casi dos mil. Un canónigo toledano ingresaba más de mil ducados. Cf. T. de Azcona, *Isabel la Católica*, págs. 486-88.

<sup>38</sup> *Ibidem*, págs. 452-71.

<sup>39</sup> Véase Q. Aldea, T. Marín, J. Vives, dirs., *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Madrid, C.S.I.C., 1987, Suplemento I, págs. 26-28, 357-60 y 670-71.

"rústico bien proveído de sexo".<sup>40</sup>

Los villanos no se habían distinguido por su espíritu piadoso durante los conflictos religiosos que se desarrollaron en la época: aplaudían la expulsión de los judíos, malsinaban y se recreaban con los autos de fe. Que uno de ellos clamase contra los males del mundo y pretendiera imitar a Cristo era, cuando menos, contradictorio.<sup>41</sup> Mingo abandona la vida mundana porque pretende llevar una vida espiritual, pero dista de practicar el mensaje evangélico: desatiende sus obligaciones y desampara a su hijo, Benito, y a su entrañable amigo de toda la vida, Bertol, a quien encarga el cumplimiento de sus últimas voluntades. Esta situación en la cual Mingo ruega a Bertol que sea su albacea no es sino un pretexto de Ximénez de Urrea para escarnecer aún más a los villanos. Con el fin de que el testamento fuese firme, las leyes exigían que debían estar presentes, en unos casos, un escribano público y tres testigos; en otros, cinco testigos.<sup>42</sup>

Estaba muy extendida entre los hombres la creencia de que el paraguas de la Iglesia católica garantizaba la salvación. La "nave de seguridad", la iglesia, evitaba, asimismo, los peligros que se derivaban de un periodo turbulento en donde la mera sospecha de herejía suponía un camino seguro hacia la hoguera. Aunque Mingo "ha visto poco" y es ignorante, conjetura que su "buen natural" le abrirá las puertas de la iglesia. En un tratado compuesto por un religioso (años después, pero significativo de la situación comentada), se lee:

Si pretenden dos una chatedra de dignidad o beneficio eclesiastico o otro oficio o prelacia que se aya de proveher por votos y si es el uno pretendiente letrado y virtuoso enpero descende por un lado de convertidos muy antiguos ex genere hebreorum, y el otro sin

---

<sup>40</sup> Véase A. Iglesias Ovejero, "Figuración proverbial e inversión en los nombres propios del refranero antiguo: figurillas populares", *Criticón*, 35 (1986), págs. 5-98. "Más galán que Mingo. expr. fig. y fam. Dicese del hombre muy compuesto o ataviado" (Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, 19ª ed., pág. 878). Parece evidente que estos autores se bufonean de los cristianos viejos.

<sup>41</sup> Estudiamos esta cuestión en "Hipocresía y superstición en el teatro castellano primitivo", *Sefarad*, LVI (1996), págs. 311-332.

<sup>42</sup> Cf. *Ordenanzas reales de Castilla*, V, II, 1. Tanto estas leyes como las alfonsies serán citadas por *Los códigos españoles*, Madrid, 1872, II-VI. Los tomos II-V contienen *Las partidas*; el VI, las *Ordenanzas*. La acción de Mingo resulta desacreditada. Las Cortes de Toro de 1505 ordenaban que, si los testamentos y codicilos no eran solemnes y carecían de los testigos necesarios, "no fagan fee ni prueua en juyzio ni fuera dél". Cf. *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla publicadas por la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1882, IV, págs. 199-200. Los nobles solían dejar como testamentarios a dos o más señores. Así ocurrió con el padre de Urrea. Véase E. Marín Padilla, *op. cit.*, pág. 309.

letras y sin virtud enpero es christiano viejo, este segundo a de ser preferido al primero.<sup>43</sup>

Hombres arrogantes como Mingo estimaban que su fe y su limpieza de sangre les resultaba suficiente para acceder a puestos destacados de la sociedad. Los estatutos de limpieza de sangre impedían a los conversos el acceso a iglesias y órdenes religiosas. El estatuto de Badajoz fue decretado en 1511; el de Sevilla, en 1515; la orden jerónima había dispuesto el suyo en 1486; la orden dominicana, en 1489.<sup>44</sup> Al tratar de impedir a los conversos (quienes formaban la parte más sólida de la élite intelectual) el ingreso en cabildos y órdenes religiosas, ¿no podría considerarse digno de tales cargos el villano que, aun rudo e ignorante, no era sospechoso de fidelidad a la Iglesia de Roma? Villalobos satirizaba la soberbia del vulgo:

Aunque le ven con sayo rasgado, que no por eso lo han de ultrajar; y por tanto, no se quieren conocer, ni hay hombre que en este caso se conozca, por malaventurado y cevill que sea, que no pruebe por sus necias y locas razones que no venga de casta de duques y condes, y aun si mucho están porfiando con él, en ese caso dirá que viene de la sangre de reyes y emperadores.<sup>45</sup>

Ximénez de Urrea ridiculiza la altivez del común mediante un viejo recurso escénico: Mingo se desnuda y se viste de manera más elegante. Con el desnudamiento del matiego, Ximénez de Urrea muestra el grado de sensualidad y degradación que han alcanzado los villanos y su miseria espiritual y moral.<sup>46</sup> Cambiando de apariencia externa y proclamando su fe, ya piensa el pastor que posee derechos suficientes, pero su condición será cuestionada por su amigo Bertol, quien no quiere apartarse del mundo primitivo en que vive; exhorta a Mingo a olvidar “las cosas letradas”,<sup>47</sup> a vivir en compañía del

---

<sup>43</sup> Apud A. Domínguez Ortiz, *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, ed. facsimil, Granada, Universidad, 1991, pág. 227.

<sup>44</sup> *Ibidem*, pág. 62 y ss. Véase A. Sicroff, *Los estatutos de limpieza de sangre*, Madrid, Taurus, 1985. En muchas ocasiones, sin embargo, el dinero lograba borrar la “mancha”, según J. Caro Baroja, art. cit., pág. 103.

<sup>45</sup> F. de Villalobos, *Los problemas de Villalobos*, en B.A.E., XXXVI, pág. 425 b.

<sup>46</sup> Cf. J. Chevalier y A. Gheerbrant, dirs., *Diccionario de los simbolos*, Barcelona, Herder, 1993, págs 411-12. El desnudamiento es un motivo cómico que forma parte del patrimonio folclórico universal. Cf. E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 2, pág. 615.

<sup>47</sup> La ironía alude a las posibilidades de medrar que se le habían abierto al común: los *studia humanitatis* permitían ocupar cargos bien remunerados en la administración, en la curia, en las cancellerías, etc. Véase F. Rico, *El sueño del humanismo (De Petrarca a Erasmo)*, Madrid,

“dulce balido de nuestro ganado”, a escuchar “el son de los grillos” y a permanecer en la majada adonde “no verná cosa que sea penada”. Al declarar sus valores éticos, Mingo emplea un símil que revela sus verdaderas aficiones: “por esso ya dize un reffrán que está/debaxo ruin capa muy buen bebedor” (vv. 119-20).

Esta hipocresía del villano, expuesta reiteradamente en la picota, aparece de nuevo en la égloga quinta. En el juego de las maravillas, los pastores se lamentan de la maldad existente en el mundo: la justicia está “toda vuelta con malicia”, los hombres han olvidado a Dios, la Corte y la Curia están corrompidas a causa de la lujuria, etc. Ximénez de Urrea censura el comportamiento vicioso del clero. La situación caótica en que vivían los eclesiásticos llegaba a tal extremo que las leyes permitían la existencia de sacerdotes casados a condición de que tributasen; los hijos de clérigos no podían heredar a sus padres ni a otros parientes; las mancebas debían pagar un marco de plata cada vez que fuesen encontradas en compañía de curas o de frailes, eran desterradas durante un año si de nuevo incurrían en la falta y condenadas a cien azotes si reincidían por tercera vez.<sup>48</sup> Consultando las constituciones sinodales o las actas de Cortes, comprobamos que estas leyes no servían de nada puesto que una y otra vez se repiten las mismas infracciones y penas similares como si la sociedad se hubiera acostumbrado a aceptar tan grave situación. Así, una ley de 1387 castigaba a las mancebas de clérigos, frailes y monjas; en 1480, los procuradores se quejaban porque “muchos clérigos han tomado osadia de tener las mancebas publicamente e ellas de se publicar por sus mugeres, de que non temen la pena de dicha ley”.<sup>49</sup> Ximénez de Urrea refleja estas circunstancias en la égloga tercera. El tamborino increpa al simulado ermitaño:

¡O, lobo con piel de oveja,  
que no tiene vuestra oreja  
más conciencia que Mahoma!  
Hábito sancto y de Dios;  
mas vos muy mal le vestís

---

Alianza, 1993, pág. 72.

<sup>48</sup> Cf. *Ordenanzas reales de Castilla*, I, III, 13, 22 y 23.

<sup>49</sup> Cf. *Cortes*, IV, pág. 144). Si el papa y los reyes legitimaban a los hijos de los cardenales, ¿qué se podía esperar? Véase Q. Aldea, T. Marin y J. Vives, *op. cit.*, 1972, II, pág. 1037 a. El refranero alude a la vida disipada de los frailes: “*Fraile cucarro, deja la misa y vase al jarro*”. Otros se refieren al peligro que supone hospedarlos: “*El fraile, con sol de casa. Entiende se vaya y no duerma en tu casa*”. (G. Correas, *op. cit.*, pág. 218). La lírica popular revela también la conducta depravada del clero regular (“No me digáys, madre, mal/del padre fray Antón,/que es mi enamorado,/y yo téngole en devoción”) y del seglar: “El cura i el sacristán,/el barvero i su vezino/todos muelen en un molino:/¡qué buena harina harán!”. (M. Frenk, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, Madrid, Castalia, 1987, págs. 894-97).

que los pecados que oís  
todos se quedan en vos.  
Usáis mal vos entre nos  
que, viendo zagala alguna,  
santiguáis os de la una  
y acostáis os con las dos (vv. 398-408).

Al margen de divulgar estas inquietudes, Ximénez de Urrea pretende mostrar que el común, aunque exteriormente exhiba una conducta virtuosa, en realidad es vicioso e impuro por cuanto los pastores se insultan, riñen y se lanzan pullas.<sup>50</sup> Las palabras y las expresiones más obscenas salen de su boca: “gañán”, “gusano”, “hideputa”, “vassura metida en rincón meado”, “xorguino sin unto”... Solino, quien está enamorado de Pavina (cuyo nombre no demuestra humildad), permite que un rufián trate con ella y come con él. La presencia del rufián cuestiona cualquier crítica expuesta por los pastores. Quien presume de pureza mantiene relaciones amistosas con un individuo inmoral y ruin. Los pastores quedan envilecidos pues las leyes consideraban infames a los alcahuetes. Los rufianes debían ser expulsados de las ciudades y nadie podía ampararlos o defenderlos. Quienes eran infamados no podían “ganar de nuevo ninguna dignidad, nin honrra, de aquellas para que deuen ser escogidos omes de buena fama; e aun las que auian ganado ante, deuenlas perder”.<sup>51</sup>

Un ámbito en donde también se podía desacreditar al villano era el amoroso.<sup>52</sup> Al considerar un sentimiento tan elevado y digno como el del amor, los prejuicios aristocráticos eran más acusados. La literatura medieval entendía que, en la corte del amor, no cabían los villanos porque éstos, entre otras razones, ejecutaban las obras de

---

<sup>50</sup> Según *Las Partidas*, VII, IX, 1, denostar a otro hombre, darle voces, escarnecerlo, motejarlo o hablar mal de él suponía una deshonra.

<sup>51</sup> Cf. *Partida* VII, VI, 4. Véase también *Partida* VII, VI, 7 y *Ordenanzas reales de Castilla*, VIII, XIV, 2. Sobre la legislación que castigaba estos delitos y el estado de la prostitución en Castilla, véase F. Márquez Villanueva, *Orígenes y sociología del tema celestinesco*, Barcelona, Anthropos, 1993, pág. 113 y ss. y M<sup>a</sup>. E. Lacarra, “La evolución de la prostitución en la Castilla del siglo XV y la mancebía de Salamanca en tiempos de Fernando de Rojas”, en I. A. Corfis y J. T. Snow, eds., *Fernando de Rojas and Celestina: Approaching the Fifth Centenary*, Madison, 1993, págs. 33-78.

<sup>52</sup> Véase N. Salomon, *Lo villano en el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1985, pág. 36 y ss.



Venus tan naturalmente como el caballo o la mula.<sup>53</sup> La regla principal que debía seguir el amante era vivir apartado de cualquier apariencia que denotara rusticidad (mugre, malos olores, greñas, indumentaria zarrapastrosa):

En primer lugar, y de Villanía,  
Amor comenzó, yo quiero y te ordeno  
que en todo momento vivas alejado;  
pero a Cortesía conviene que sigas.  
Desde aquí excomulgo de los de mi bando  
al que a Villanía sigue adonde va.<sup>54</sup>

¿Cabría mayor motivo irrisorio para un público aristocrático que contemplar los requiebros y escuchar las quejas y lamentos de un ordinario pastor que experimentaba las sensaciones causadas por las flechas de Cupido? El pastor imita el modelo cortesano, pero al vanagloriarse,<sup>55</sup> al romper con el código del amor cortés,<sup>56</sup> al relacionarse con sujetos perversos, al mostrar su incapacidad para el amor (definiéndolo toscamente, por ejemplo) o al estimar que lo primordial es la unión carnal, sirve de instrumento para la chanza. No es que galanes y damas no se entregaran a la sensualidad. En los cancioneros abundan los poemas eróticos.<sup>57</sup> Veamos, como muestra, un fragmento de un villancico del propio Ximénez de Urrea:

Ayer vino un cavallero,  
mi madre, a me namorar;

---

<sup>53</sup> Véase A. el Capellán, *Tratado sobre el amor*, ed. y tr. I. Creixell Vidal-Quadras, Barcelona, Sirmio, 1990, pág. 283.

<sup>54</sup> Cf. G. de Lorris y J. de Meun, *Roman de la Rose*, ed. y tr. de J. Victorio, Madrid, Cátedra, 1987, pág.97. El testimonio de *Triste deleytación* es también contundente: "Mas del villano bellaquo, qu'en todo y por todo la nonble natura innora, fuyrás; que el tal, por ser tan lexos de la vida e linage jentil, es imposible, aunque aya criança, pueda star ni ajuntarse con aquélla luengo tiempo" (apud D. Ynduráin, *op. cit.*, pág. 39).

<sup>55</sup> Según Lorris, el amante no debía ser orgulloso. *Ibidem*, pág. 99.

<sup>56</sup> Muchos elementos dramáticos proceden de los cancioneros. Véase A. Van Beysterveldt, *La poesía amatoria del siglo XV y el teatro profano de Juan del Encina*, Madrid, Ínsula, 1972.

<sup>57</sup> Véase K. Whinnom, *La poesía amatoria de la época de los Reyes Católicos*, Durham, University, 1981, *passim*. Para un punto de vista cristiano, véase J. Menéndez Peláez, *Nueva visión del amor cortés. El amor cortés a la luz de la tradición cristiana*, Oviedo, Universidad, 1980. Según Peláez, el teatro de Lucas Fernández es un testimonio de una corriente favorable al matrimonio (pág. 294).

*no lo puedo yo olvidar.*  
Soy d'él servida y amada,  
él es de mí muy amado;  
tan cortés y bien criado,  
que me tiene sojuzgada.  
Juró en la cruz de su espada  
nunca jamás me dexar;  
*no lo puedo yo olvidar.*  
(...)  
que viene con su vihuela  
cada noche aquí a cantar,  
*no lo puedo yo olvidar* (*Cancionero*, fol. LXXXVI r).

El poema puede ser interpretado en sentido literal o metafórico, mas términos y expresiones como "servir", "vihuela", "la cruz de su espada", poseen una inequívoca connotación erótica. Citamos un poema abiertamente obsceno:

Herviendo tengo la olla  
con cebolla.  
Madre: herviendo está mi olla.  
Un mancebo he convidado  
a cenar, que no a comer,  
por poder tomar plazer  
en lugar bien apartado.  
La carne él me l'a dado;  
yo, la cebolla.  
Madre: herviendo está mi olla.  
(...)  
A jugar en escondido  
all argolla.  
(...)  
Es un gentil balletero,  
que acierta en el blanco o negro.  
Y, aunque más da en mi terrero,  
no se abolla.  
(...)  
Y, cuando allí me amortesco,  
viene a abrimme con su llave.  
Échame agua muy suave,  
que siempre brolla (*Cancionero*, fol. LXXXVIII r).

Platón (*Banquete*, 180 a-181 a) había elogiado el amor sublime (Afrodita Urania) y había censurado el amor grosero (Afrodita Pandemo). El neoplatonismo, ahondando en esta distinción, estableció que el primero nos acerca a Dios; el segundo, a las bestias.

Juan del Encina adoptó este concepto de la dualidad amorosa con el fin de enaltecer al noble y degradar al plebeyo. De este modo, un caballero podía entonar dulces querellas amorosas, ensalzar a su dama, expresar diestramente qué era el amor y mostrar su ingenio componiendo poemas que se podían entender en sentido recto, figurado o ambiguo; sin embargo, no era aceptable que el común alcanzase tamañas perfecciones. Esta idea se halla en la base de la dramaturgia renacentista que busca la comicidad a costa del pastor. Si era propio de monarcas y nobles disfrutar de suntuosas fiestas, vestir costosos bordados de oro y plata, lucir collares y joyas de valor excepcional, triunfar en grandes hechos de armas, viajar escoltados por cientos de criados, exhibir sus arreos y habilidades en justas y torneos, ¿cómo no iba a juzgar la mentalidad caballeresca que el amor era un sentimiento peculiar y exclusivo de su mundo y modo de vida?

El galán debía mostrar una conducta honesta y libre de rencilla.<sup>58</sup> No obstante, Pascual, protagonista de la égloga tercera, cuando se siente incapaz de hacer frente al tamborino, riñe con él y lo pone en fuga. Si la flauta, el laúd o la vihuela eran amigos del galán, Pascual toma aquélla para golpear a su enemigo. Si el galán debía traer capelo y guantes, el pastor se cubre con un tosco zamarrón; si el galán no debía criar galgos, Galeyo los ceba; si el galán estaba obligado a ser mesurado en el beber, los pastores beben sin tasa. Los consejos ofrecidos en la poesía cortesana sobre la abstinencia del amante chocan con el apetito voraz del pastor. Lloriente sólo piensa en comer. Propone a sus amigos:

Lo que aquí habemos de estar  
estémolo en la cabaña  
porque allí es do se rabaña  
todo nuestro gassajar.  
Veis do viene a merendar  
nuestro tambor y vezino:  
buena carne, pan y vino  
ha de beber y tragar (vv. 281-88).

La finalidad del pastor es zampar; parece poseído por la gula. Pedro invita a sus amigos:

Pues vamos a los corrales  
con queso y leche a ssosiego  
y con nuestro pan de fuego  
nuestros vicios desiguales (vv. 449-52).

Solino aconseja: "Mi fe, que todos cantemos:/después vamos a tragar" (vv. 463-64). El

---

<sup>58</sup> Según Suero de Ribera, en A. Alonso, ed., *Poesía de Cancionero*, Madrid, Cátedra, 1986, pág. 196 y ss.

galán debía ser muy comedido y educado, pero el rústico muestra ordinariez y brutalidad. Rolano identifica a las mujeres con el ganado:

muchas hazen cosas negras;  
no estando en poder de suegras  
mal ganado es de guardar (vv. 74-76).

Solino parece basura “metida en rincón meado” (v. 290). Las referencias de Rolano a la fealdad de Pavina:

Como páxaro en la liga  
estás Solino prendido  
y no vees, de encendido,  
tu pajuela ni su viga.  
Defetos tiene tu amiga (vv. 113-17).

son un elemento de ruptura con el código cortesano. Aunque Pavina parece sosa y desgarbada, vuelve loco a Solino, quien pregunta: “¿Cómo te podré dezir/la que a mí me desatina?”. Rolano, al cuestionar a la amada de Solino, es contundente: hay personas que viven felices en contacto con lo más desagradable y escatológico:

Suma y rescibe essa cuenta:  
contentamiento es salud:  
aunque esté en ell atahúd,  
no habrá quien su muerte sienta (vv. 125-28).

El pastor dispone de un concepto absolutamente alejado de la galantería cortesana. No entiende que el despecho ejercido por la dama supone un realce de las cualidades de ésta, sino que lo ve lisa y llanamente como una estupidez. Galeyo protesta ante Antona:

Déxate de ingratitudes,  
gravedades y virtudes,  
manifiestas nescedades (vv. 416-18).

El código cortés obligaba a no revelar la pasión. En una de sus cantigas, Villasandino habla de un enamorado que a unas damas y doncellas “non quisso descobrir quién era su amiga”. Respondió:

“Todo mi coraçón parte  
una de vos, en que creo  
e veo  
su figura todavía,  
mas su nombre non diría

que dezir me serié feo".<sup>59</sup>

En una de sus canciones, Juan Rodríguez del Padrón afirma que no contará quién le hace sufrir:

Pues no cumple declarar  
la causa de tal agravio,  
el remedio es el callar.<sup>60</sup>

Pues bien, tan pronto como Rolano desea saber quien "haze estar penando" a Solino, éste responde: "Ellá se llama Pavina/hija de Mingo Gañir" (vv. 107-8). Pascual y Galeyo no dudan en descubrir a una alcahueta y a un casamentero los nombres de sus enamoradas.

Uno de los motivos más reiterados por el primitivo teatro castellano es el del pastor pasmado ante el amor. Las convenciones cortesces -cambiar de color la cara del amante, temblar, etc.<sup>61</sup> - ayudan a caricaturizar al rústico, quien no atina a requebrar a su amada porque se enfrenta con un sentimiento que rebasa sus posibilidades sensibles y mentales.<sup>62</sup> Benito, al recobrar el sentido, se asombra de encontrar allí a Menga. Las bobadas que le manifiesta resumen su ineptitud para el idilio amoroso. La joven lo acatarra más que la montaña:

Assi vivas tú, si te namorizas;  
de desnamorada de frio me erizas,  
que me romadizas más que esta montaña (vv. 286-88).

Los torpes requiebros del cortejador van precedidos por símiles cuya intención es desprestigiar al pastor. Las comadreas son más astutas que Galeyo:

La comadreja al león  
con maña le da pasión  
y aun también a la culebra,

---

<sup>59</sup> *Ibidem*, págs. 86-87.

<sup>60</sup> *Ibidem*, págs. 121-22.

<sup>61</sup> "Verás cómo cambia de color tu cara,/que todo tu cuerpo se pone a a temblar,/y te faltarán animo y palabras/justo cuando intentes dirigirte a ella". (G. de Lorris y J. de Meun, *op. cit.*, pág. 106).

<sup>62</sup> Véase N. Salomon, *op. cit.*, pág. 37.

y a mí en esta grande quiebra  
no me aprovecha razón (vv. 386-90).

La incompetencia de Galeyo para la declaración amorosa es evidente. Una vez que ha demostrado su incapacidad, las palabras de Antona resuenan burlonamente: "ni tu lengua tan fundada/no armará en que yo tropiece" (vv. 427-28). El pastor no capta las sutilezas de un sentimiento que lo rebasa. Frente a las primorosas definiciones cortesanas del amor, éste se convierte en la concepción de Pedro en una aflicción:

... Yo te doy sano  
que el amor dolencia es  
que el cuerpo, cabeça y pies  
como mar prueba liviano (vv. 85-89)

Pedro piensa que el amor es más amargo que una purga:

da a morder en la esperança  
que amarga más su mudança  
que la purga mal tomada (vv. 94-96).

No percibe que un sentimiento tan delicado anide en el corazón de su amigo; por tanto, aconseja:

¿Quién tiene tal mal consigo?  
Si en tu cabeça se mete  
quitálo como bonete  
y estarás muy bien contigo (vv. 77-80).

A comienzos del siglo XVI, *La historia de los dos enamorados Flores y Blancaflor* alcanzó gran éxito.<sup>63</sup> Es probable que Ximénez de Urrea y su círculo de familiares y amigos conociesen la edición de 1513. En *Nave de seguridad*, adapta un episodio de la famosa obra, el cual resumimos: después de matar al senescal, Flores toma su caballo y marcha hacia Montorio. Su tío, "viendo que venía enojado, mandó a los físicos de medicina que lo visitasen. E quando lo ovieron visitado, tomaron al Duque y dixéronle que el mal que Flores tenía era de pasión de amor y algún cansancio"<sup>64</sup>. El duque desea curar a su sobrino y éste le informa del amor que siente por Blancaflor "y el Duque,

---

<sup>63</sup> Véase N. Baranda y V. Infantes, "Estudio preliminar" a su ed. *Narrativa popular de la Edad Media. Doncella Teodor, Flores y Blancaflor, Paris y Viana*, Madrid, Akal, 1995, pág. 27. El texto de *Flores y Blancaflor*, en págs. 84-127.

<sup>64</sup> *Ibidem*, pág. 109.

pareciéndole que haciendo venir algunas damas perdería el amor que tenía a Blancaflor, mandó a un mayordomo suyo que supiese qué damas avía en la ciudad y que las hiziesse venir allí”.<sup>65</sup> Las damas, hermosas y competentes músicas, tañen, cantan y danzan, aunque no logran sanar a Flores.

Ximénez de Urrea parodia los sentimientos amorosos del villano. Cuando Benito se entera de que su padre, Mingo, ha huido, se lamenta y se desmaya. Bertol busca a un físico. Éste observa al enfermo y receta que, si viene su “dama”, podrá ser curado sin medicinas:

Y, assi, es menester que venga su amiga,  
alguna si tiene allá en el aldea,  
porque yo creo que, cuando la vea,  
él no verá su triste fatiga (vv. 225-28).

Bertol y el médico van a buscar a Menga. Ésta habla al desmayado Benito:

Muestra saltijos, que estás achocado.  
Haz efforcijo de zagal sabido  
que, si te levantas de estar tan tendido,  
bien podrá ser que te haya abraçado (vv. 261-64).

Benito sana del desmayo:

¡Válame Dios! ¿Qué oyo dezir?  
Resuscitado me hallo y despierto.  
Pensé yo que estaba como cuerpo muerto.  
Alegre despierto de triste dormir (vv. 265-68).

Los elementos que utiliza Ximénez de Urrea para ridiculizar y degradar el amor de los villanos son variados. El ambiente aristocrático (palacios, dulces armonías) ha sido sustituido por el campestre (grillos, balidos de ovejas); los personajes ilustres (reyes, duques, príncipes y damas), por toscos pastores; los nombres de unos (Flores, Blancaflor) evocan pureza y encanto; los de otros (Benito, Menga), corrupción y obscenidad;<sup>66</sup> la pena amorosa de Flores no pueden aliviarla tres físicos y tres damas

---

<sup>65</sup> *Ibidem*.

<sup>66</sup> Menga alude a “mujer menguada en su estima” y también se emplea en contextos impúdicos. El nombre experimentó una degradación similar a “Fulana”, “mujer cualquiera, puta”. El refrán “Suspirava Menga por la pinga axena” se refiere a la mujer insaciable. Véase A. Iglesias, *op. cit.*, págs. 28-29. En cuanto a “Benito”, parece evidente la ironía puesto que no debía de sobrarle bondad a un individuo que, de manera tan sencilla, olvida a su padre y sustituye el

mientras que la tristeza experimentada por Benito a causa de la pérdida de su padre la curan un torpe médico y una ordinaria pastora. El vulgo es desacreditado reiteradamente. Benito es comparado con una bestia: "Veis aquí donde se me fue a echar/como la bestia que está muy cargada" (vv. 209-10). El rústico vive dominado por el apetito venéreo. La pastora está tan "bien percatada por todas las partes" y tan "bien almesnada" que, según Benito, "más me emborracha que el muy fuerte vino" (v. 304). Menga emplea también expresiones que obligan a dudar de su castidad. Cuando Benito está desmayado, declara:

Déte consuelo aquí mi venida,  
como me dabas con tu rabel  
cuando tañías cantando con él  
allá en la mi calle, que está sin salida,  
pues siempre me amaste y fui tu querida (vv. 249-53).<sup>67</sup>

Para caricaturizar el amor del villano, un buen procedimiento consiste en presentarlo como si fuese un sujeto rijoso.<sup>68</sup> Por las églogas desfilan pastores cuya concepción amorosa radica exclusivamente en satisfacer sus instintos carnales: la vieja tercera asegura que Bertola es "codorniz luxuriosa"; Pascual concierta una cita con su amiga "en la choza oscura"; el casamentero apacigua la impaciencia de Galeyo advirtiéndole "que con la garrida moça" se acostará durante todo el año; Galeyo siente la misma calentura que un animal en celo mientras que espera la llegada de Antona y Argineo sospecha que Pavina se recrea lascivamente con otros pastores.

Recurrir a alcahuetas para satisfacer los apetitos lujuriosos del amante era pecado mortal.<sup>69</sup> La vieja contratada por Pascual se describe de este modo:

¿Y no sabes tú que soy  
hermana de Celestina

---

cariño de éste por el deseo carnal de Menga.

<sup>67</sup> La palabra "rabel" solía usarse en contextos obscenos. Véase P. Alzieu, R. Jammes, Y. Lissorgues, *Floresta de poesías eróticas del Siglo de Oro con su vocabulario al cabo por el orden del a.b.c.*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1975, págs. 250-52.

<sup>68</sup> Cf. A. V. Beysterveldt, "Estudio comparativo del teatro profano de Lucas Fernández y el de Juan del Encina", *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 3 (1979), págs. 161-182.

<sup>69</sup> Cf. O. H. Green, "Amor cortés y moral cristiana en La Celestina", en AA. VV., *Edad Media*, estudios editados por A. Deyermond dentro de *Historia y crítica de la literatura española*, al cuidado de F. Rico, Barcelona, Grijalbo, 1980, 1, págs. 504-508. En la Edad Media, se creía que la intervención de estas viejas en asuntos amorosos implicaba una actividad demoníaca. Véase P. M. Cátedra, *Amor y pedagogía en la Edad Media (Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria)*, Salamanca, Universidad, 1989, pág. 109.



y que soy yo muy más fina,  
que sabemos más hoy? (vv. 161-64).

### Pedro advierte a Pascual del peligro que corre. La vieja

Es del infierno portera,  
estiércol lleno de pulgas,  
(...)  
humo turbio de hoguera,  
de hechura de Antechristo (vv. 216-22).

pero Pascual presta oídos de mercader. Pues bien, a pesar de relacionarse con individuos tan viciosos,<sup>70</sup> Pascual presume de ser honrado. Después de golpear y ahuyentar al tamborino, se dirige al resto de pastores y afirma: "Bailaré en vuestro beber/pues que en la honrra he comido" (vv. 445-46). ¿A qué se debe tamaño contrasentido? ¿Podía ser honrado un villano que actuaba de ese modo? En *Las Partidas* (II, XIII, 17), se afirmaba: "Honra tanto quiere dezir como adelantamiento señalado con loor, que gana ome por razón del lugar que tiene, o por fazer fecho conocido que faze, o por bondad que en él ha". Con el tiempo, *honra* tendió a confundirse con *honor* (Covarrubias los identifica);<sup>71</sup> es posible, sin embargo, que el segundo término fuese asociado al mayor brillo de la reputación y rango de un individuo. Esta acepción correspondería con el sentido medieval del vocablo por cuanto, en pago a sus servicios, el rey solía conceder honor a sus fieles (rentas de una villa, un castillo, etc.) para honrarlos (para enaltecerlos). Durante el Renacimiento, se abrieron al común posibilidades de medrar y se desarrolló el individualismo. Al concepto tradicional de *honra* se le añadió la consideración social: el valer más que los otros. Según Di Camillo, los cambios económicos y sociales del siglo XV modificaron el concepto de honor:

---

<sup>70</sup> Caro señala que estas mujeres no sólo causaban terror, sino también burla. Frente a la imagen digna de los santos, se encontraba la figura vil de las hechiceras. Véase J. Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1993, págs. 114-15 y P. E. Russell, *Temas de "La Celestina" y otros estudios*, Barcelona, Ariel, 1978, págs. 269-70.

<sup>71</sup> Según J. de Valdés, *honor* y *honra* eran vocablos sinónimos; el primero decía bien en verso, aunque parecía mal en prosa. Cf. J. de Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. J. M. Lope Blanch, Madrid, Castalia, 1983, págs. 123-24. Referido a la mujer, *honor* designó el recato y honestidad de ésta. Otro tanto ocurrió con *honra*. Sobre la identificación entre honra, virginidad y vida, por un lado; y deshonor, pérdida de la virginidad y muerte, por otro, véase B. Bennassar, *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Valladolid, Ámbito, 1989, págs. 491-95. La bibliografía es abundante. Véase J. A. Madrigal, *Bibliografía sobre el pundonor: teatro del Siglo de Oro*, Miami, Ediciones Universal, 1977.

de designar reverencia por la virtud, pasa más y más a ser confundido con el reconocimiento de los logros sociales y económicos del individuo.<sup>72</sup>

Los cargos de regidor, alcalde, escribano y similares otorgaban prestigio y poder.<sup>73</sup> Practicar las tareas del herrero, esportillero, palanquín y otros oficios “viles y mecánicos” suponía un desprestigio social. Si uno de estos individuos mejoraba de posición, no sólo aliviaba su maltrecha bolsa y trabajaba menos, sino que aun podía quedar exonerado del pago de pecho. Además de los hidalgos y eclesiásticos, algunos alcaldes, regidores, juristas y sus protegidos habían logrado este privilegio. Muchas personas que no habían recibido los grados de bachiller, licenciado o doctor, se titulaban así para aprovechar las preeminencias y exenciones disfrutadas por aquéllos.<sup>74</sup> El plebeyo sentía que se parecía un poco más al noble porque abandonaba un oficio considerado despreciable por la sociedad y conquistaba otro mejor. Este “engrandecimiento” ayudó a extender la obsesión por la honra. Así lo expresa Villalobos:

Es de maravillar que en lo peor de los establos y en lo mas sucio de los muladares allí presume el diablo de aposentar la honra, cosa tan requerida y tan buscada de los grandes emperadores...¡que quiera usurpar la honra un ganapan, que no tiene otro oficio sino perder la honra...!<sup>75</sup>

La exigente etiqueta de la casa de Austria contagiará a la sociedad en general y se

---

<sup>72</sup> O. Di Camillo, *El humanismo castellano del siglo XV*, Valencia, 1976, pág. 182.

<sup>73</sup> En las Cortes de Valladolid de 1506, los procuradores protestaban porque “personas de baja condición y estado” eran elegidas para el cargo de alcalde de Hermandad. Pedían que, para dicho oficio, fuesen elegidas “personas muy honrradas”; entre éstas, citaban a los regidores y jurados. Cf. *Cortes*, IV, pág. 229. Algunos plebeyos habían sido agraciados con cargos en el Consejo de Castilla y en la chancillería. *Ibidem*, III, pág. 866.

<sup>74</sup> Así consta en la petición 108 de las Cortes de Toledo de 1480. Cf. *Cortes*, IV, pág. 183. Enrique IV había eximido del pago de alcabala a personas y a villas enteras. *Ibidem*, III, pág. 849. Las leyes se hacían eco de esta situación: para excusarse, muchos aducían que vivían con caballeros o con personas preeminentes. Cf. *Ordenanzas reales de Castilla*, IV, IV, 28. Véase F. Ruiz Martín, “La población española al comienzo de los tiempos modernos”, *Cuadernos de historia*, 1 (1967), págs. 189-202.

<sup>75</sup> F. de Villalobos, *op. cit.*, pág. 425 b. Según Caro, valentones y bravos “fundaron su existencia en un *valer más* individual, dentro de una sociedad popular de mujercillas livianas, alcahuetas”. (art. cit., pág. 118).

desbocará la lucha por el tratamiento y la preeminencia.<sup>76</sup> Diferentes grupos profesionales se reglamentaron jurídicamente con el fin de controlar el ingreso en su oficio. En Aragón, a comienzos del siglo XIV, los señores prohibieron las cofradías de menestrales, que regulaban las condiciones de trabajo y los precios, ya que les ocasionaban "grant minguamiento de nuestra senyoria".<sup>77</sup> El grupo superior despreciaba al inferior y le ponía todo tipo de trabas para evitar que se aproximase a su nivel. Para acceder a un gremio, era indispensable superar exámenes, pruebas de limpieza de sangre, etapas de aprendizaje, etc. Había exámenes para ser albañil de obra prima, llana, tosca y otras especialidades.<sup>78</sup> En Zaragoza, luchaban nobles y burgueses (dueños del Ayuntamiento) por controlar una cofradía.<sup>79</sup>

Ahora bien, la honra consistía en la reverencia tributada a los individuos poderosos y virtuosos, los cuales pertenecían a la nobleza y al clero. Eran acatados los reyes, los magnates y las dignidades eclesiásticas. Hombre honrado era sinónimo de persona ejemplar, enaltecida y digna de estimación; es decir, *noble*. La honra, fundamento de la mentalidad nobiliaria y símbolo del poder señorial, se resumía en el privilegio y en el trato de favor recibido; era columna principal del orden estamental; se asimilaba a poder y rango (virtud, linaje, hacienda, riqueza, mando); llevaba consigo obediencia, servicio,

---

<sup>76</sup> Cf. J. Caro Baroja, art. cit., pág. 98. Durante el reinado de Carlos V, los plateros de Madrid y Valencia alcanzaron la categoría de profesores de artes honrosas; por tanto, los barceloneses exigieron ser tratados con "las preeminencias, honores y demás gracias que gozan todos los demás plateros". Véase P. Molas, *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Cátedra, 1985, pág. 184. Aristóteles (*Pol.*, I, cap. VII) había advertido que algunos trabajos eran más honrosos que otros. En una carta a su hermano Simón, Andrés Ruiz sueña con retirarse del comercio, pero sin perder la alta posición que había escalado: "bebir con la renta y sustentar esta honrra por no decaer della". (Apud H. Lapeyre, *Une Famille de Marchands: les Ruiz*, Paris, Librairie Armand Colin, 1955, pág. 58, nota 75). En el siglo XVI, la actividad mercantil era vista por los hombres de negocios como fuente de honra. Dos mercaderes escriben a Simón Ruiz y le cuentan que han abierto un comercio para "dar recaudo a toda suerte de negocios honrados tanto de cambyo que de mercadurya". (*Ibidem*, pág. 109, nota 3). Según Caro, "en Burgos las familias de los grandes mercaderes del siglo XV y de comienzos del XVI (...) alcanzaron honras caballerescas y los banqueros genoveses, etc., fueron hasta títulos de Castilla". (art. cit., pág. 125).

<sup>77</sup> Cf. J. M<sup>a</sup>. Lacarra, *Aragón en el pasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pág. 156.

<sup>78</sup> Véase T. de Diego Velasco, "Los gremios granadinos a través de sus ordenanzas", en M. Á. Ladero Quesada, coord., *En la España medieval. V. Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, Madrid, Universidad Complutense, 1986, I, págs. 313-42.

<sup>79</sup> En 1568, el rey prohibió a los señores que perteneciesen a ella. Sin embargo, un siglo más tarde, se impidió el acceso a los descendientes de quien hubiese ejercido oficio mecánico. Cf. A. Domínguez Ortiz, *La sociedad española*, I, pág. 302.

homenaje, ayuda; representaba derechos (mercedes, cargos, títulos) y brillaba exteriormente (fausto, gala, derroche).<sup>80</sup> Los aristócratas veían con malos ojos que el tercer estado se jactase de ser tan respetado como ellos. Concederle el derecho a la honra suponía tanto como abandonar sus privilegios, dejar de ser respetados y renunciar al trato de favor que recibían, al rango y a la jerarquía.<sup>81</sup> Es muy probable que los Urrea, una de las ocho familias de la rancia nobleza aragonesa, aceptaran de mala gana el encumbramiento de los ricos mercaderes aragoneses que compraban baronías, casaban a sus hijos con nobles de linaje y construían mansiones en la ciudad que estaban repletas de paños y tapices flamencos.<sup>82</sup> Según Lacarra, esta oposición a los advenedizos no fructificaba:

Los constantes esfuerzos de la nobleza de sangre por formar un estamento cerrado resultaban vanos ante las múltiples puertas que abría el dinero, la cultura y el ocupar puestos de gran lucro e influencia en la corte.<sup>83</sup>

Villalobos señalaba que "la gente noble, como nasce con la honra, no presume con ella mas que presumiria con tener narices ó manos ó salud".<sup>84</sup> Ximénez de Urrea, segundón de la casa de Aranda, crea unos tipos de personajes que se conducen desenfadada y viciosamente porque aspira a defender los privilegios de su estamento y ridiculizar a los miembros del tercer estado (comerciantes, artesanos, menestrales, campesinos...) que presumían de tener honra. Aunque los villanos apaciguan sus vicios con queso, leche y pan, conjeturan que son "gente honrada". Pascual, con el fin de obtener los favores de Bertola, contrata los servicios de una alcahueta. El autor pone de manifiesto la baja calidad moral del villano por cuanto, según las leyes, contratar a una

---

<sup>80</sup> Véase C. Chauchadis, *Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II*, Paris, CNRS, 1984, pág. 24.

<sup>81</sup> Los procuradores del tercer estado debían ser "personas honradas y no sean labradores ni sexmeros" (*Ordenanzas reales de Castilla*, II, XI, 1).

<sup>82</sup> Véase J. M<sup>a</sup>. Lacarra, *op. cit.*, págs. 169-71.

<sup>83</sup> *Ibidem*, pág. 169.

<sup>84</sup> F. de Villalobos, *op. cit.* págs. 424-25. Se divisa también el conflicto entre cristianos nuevos y viejos. Habían accedido aquéllos durante los siglos XIV y XV a ricos beneficios eclesiásticos y desempeñaban importantes cargos jurídicos, financieros... Los estatutos de limpieza de sangre intentaron impedir esta situación. Prendió en el ánimo popular la idea de que la "pureza de sangre" implicaba honra y la impureza, deshonra. Cf. J. Caro Baroja, *art. cit.*, págs. 99-100.

alcahueta para que conquistara a una mujer implicaba la deshonra de ésta.<sup>85</sup> Cuando Pascual requiebra a Bertola, aparece un tamborino,<sup>86</sup> quien también corteja a la pastora. Como Pascual carece de habilidad para seducir y es ridiculizado por su rival, abandona sus andrajos y se disfraza de ermitaño para revalorizar su persona. Urrea subraya la naturaleza bestial del rústico ya que pretende éste recuperar su reputación y alcanzar la honra golpeando a su enemigo.<sup>87</sup> Fernández de Heredia afirmaba que "dos riñendo desatinan":

Quien la honra, que no es honra,  
toma por honra, después  
de tomada, es al revés,  
no ser honra mas deshonra:  
yo probaré que lo es.  
No está la honra tampoco  
sólo en un acobardado,  
que también será juzgado,  
un desatinado loco  
por hombre avergonçado (vv. 1545-1555).<sup>88</sup>

Villalobos se preguntaba:

¿Por qué han de procurar  
los hombres de ser honrados,  
y quieren honra alcanzar  
por medios muy deshonrados?<sup>89</sup>

---

<sup>85</sup> *Partida* VII, IX, 5. Sobre la figura de la tercera en el teatro del siglo XVI, véase M. Á. Pérez Priego, "Celestina en escena: el personaje de la vieja alcahueta y hechicera en el teatro renacentista", en I. A. Corfís y J. T. Snow, *op. cit.*, págs. 295-319.

<sup>86</sup> La figura debía de resultarle conocida a Urrea puesto que los mozos de Épila contrataban cada año a uno de ellos para que tocara en domingo, en Pascua y en otras festividades. Cf. E. Marín Padilla, *op. cit.*, pág. 297.

<sup>87</sup> Los códigos aragoneses castigaban a quien lesionara o golpease a otro sin que hubiera desafío previo. Cf. R. Serra Ruiz, *Honor, honra e injuria en el Derecho medieval español*, Murcia, Universidad, 1969, pág. 157.

<sup>88</sup> Fernández de Heredia, *Obras*, ed. R. Ferreres, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, págs. 51-52. Urrea conocía la obra de este autor pues en su égloga quinta lo imita. Véase R. L. Hathaway, *Love in the Early Spanish Theatre*, Madrid, Playor, 1975, pág. 92.

<sup>89</sup> F. de Villalobos, *op. cit.*, pág. 424 b.

Pascual quiere ser valorado por los demás a toda costa pero, al descubrir su naturaleza bestial, cuestiona radicalmente su condición y personalidad Descrédito y envilecimiento absolutos. Es igual que se disfrace de ermitaño o se vista aseadamente. Su naturaleza ruin lo desenmascara y le impide conducirse virtuosamente.

Ciudades mercantiles, lonjas, grandes puertos, etc., testimonian que el comercio fue intenso en la baja Edad Media. Los Reyes Católicos se interesaban por la vida de los mercaderes castellanos que habían sido detenidos en Brujas y por las mercancías que les habían robado.<sup>90</sup> Muchos mercaderes se enriquecían y se encumbraban socialmente. En Sevilla, los empleos municipales eran comprados por ricos burgueses. Cuando estos hombres se ennoblecían, utilizaban el "don" y procuraban borrar su condición de mercaderes.<sup>91</sup> No obstante, la burguesía no impulsó la economía ni dinamizó las estructuras sociales, sino que se dedicó a comprar cargos y títulos y a imitar la vida ociosa de la nobleza.<sup>92</sup> Los hombres de negocio<sup>93</sup> consideraban que merecían vivir noblemente; es decir, sabían que, alcanzando la hidalguía,<sup>94</sup> podrían disfrutar de ventajas jurídicas, no pagar pecho, vivir de las rentas... Si la primera generación de algunos mercaderes había dedicado su tiempo a enriquecerse; la segunda, en cambio, buscará únicamente la hidalguía. Albornoz afirmaba que los mercaderes "rabian y mueren por la Caballería". Habiendo alguno ascendido de calcetero a mercader, "hele que aspira para caballero, y si él no, a lo menos amolda sus hijos para ello".<sup>95</sup>

No era infrecuente, además, que muchos burgueses dispusieran de grandes fortunas. Algunos señores, con el fin de mantener su vida fastuosa, recurrían a préstamos. A fines del siglo XVI, los duques de Alburquerque y de Osuna, el conde de Benavente y otros

---

<sup>90</sup> Véase L. Suárez Fernández, *Política internacional de Isabel la Católica. Estudio y documentos. Tomo II (1482-1488)*, Valladolid, Universidad, 1966, págs. 284-85, 403-4, 413-14, 432-35, 446-47 y 483.

<sup>91</sup> Cf. R. Pike, *Aristócratas y comerciantes. La sociedad sevillana en el siglo XVI*, Barcelona, Ariel, 1978, pág. 34.

<sup>92</sup> De "la traición de la burguesía" habla F. Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980, II, pág. 104.

<sup>93</sup> Así los llama Solórzano, *Libro de caja y manual de cuentas de mercaderes*, Madrid, 1590, fol. 25 r.

<sup>94</sup> Podía adquirirse por merced real o comprando una ejecutoria de nobleza. Este recurso era empleado por los monarcas para aliviar sus apuros financieros. Los nobles de sangre despreciaban a estos advenedizos.

<sup>95</sup> Cf. B. de Alborno, *Arte de los contratos*, Valencia, 1573, fol. 128 b.

aristócratas adeudaban cuantiosas sumas a los mohatreros.<sup>96</sup> En verdad, los burgueses dotaban a sus hijas con patrimonios cuantiosos que en nada envidiaban a los de los nobles<sup>97</sup>, legaban a sus herederos ricas haciendas,<sup>98</sup> vivían en palacios,<sup>99</sup> etc. ¿No podían exigir, por tanto, idéntica valoración, el mismo prestigio de que disfrutaba el estamento privilegiado? ¿No permitía la riqueza liberarse de la servidumbre?<sup>100</sup> Si se habían enaltecido, ¿no eran también honrados?

En la égloga cuarta, Ximénez de Urrea escarnece al villano que competía en riqueza con muchos nobles. El pastor Galeyo contrata a un casamentero para que éste le resuelva el compromiso matrimonial con Antona. En el argumento, el autor señala que “todos juntos dieron fin en el negocio”. La expresión parece aludir a la actividad mercantil del personaje. Ximénez de Urrea señala que los villanos negocian una emoción tan delicada como la amorosa con el mismo espíritu con que tratan la compra y venta de cualquier mercancía. El carácter burgués de Galeyo parece evidente; se compara con un comerciante cuando exhorta a Antona a sellar su casorio con un abrazo y un beso:

como dan los mercaderes,  
que dan algo en sus afferes  
en señal de más caudal (vv. 463-6).

Las comparaciones con el mundo de los negocios son abundantes. No sólo por emplear la palabra “afferes”. Galeyo pena por sus amores y Gil lo anima utilizando un léxico típico del mundo mercantil:

Quien juega con gran caudal  
y al principio le va mal  
si mill doblas le ganaron  
con cinco que le quedaron  
gana y vuelve a la cabal (vv. 86-90).

---

<sup>96</sup> Cf. B. Bennassar, *op. cit.*, págs. 248-50.

<sup>97</sup> Véase R. M.<sup>a</sup> Montero Tejada, *Nobleza y sociedad en Castilla. El linaje Manrique (siglos XIV-XVI)*, Madrid, Caja de Ahorros, 1996, pág. 71.

<sup>98</sup> Cf. M.<sup>a</sup> C. Carlé, *Una sociedad del siglo XV: los castellanos en sus testamentos*, [Buenos Aires?], Universidad Católica Argentina, 1993, pág. 70.

<sup>99</sup> Los grandes mercaderes compraban palacios y vivían como señores, según H. Lapeyre, *op. cit.*, pág. 477.

<sup>100</sup> Así pensaba L. B. Alberti. Véase W. Sombart, *El burgués*, tr. M.<sup>a</sup> P. Lorenzo, Madrid, Alianza, 1993, pág. 165.

Ximénez de Urrea censura la vanidad del burgués que presumía de poseer tanto como los aristócratas. El patrimonio de Galeyo es considerable; responde a circunstancias reales puesto que opulentos villanos poseían cuatro o cinco mil cabezas de ganado lanar, casas, viñas, molinos, bodegas bien abastecidas, lagares, olivares, torres, heredades.<sup>101</sup> Algunos mercaderes dotaban a sus hijas con más de doscientos mil ducados y dejaban herencias valoradas en cuatrocientos mil.<sup>102</sup> Entre las pertenencias de Galeyo figuran: antepuerta, huerta tapiada, palomar, hogar con brasa, campos, olivar y viña. Ahora bien, Ximénez de Urrea, para desacreditar a los burgueses y humillarlos, incluye en la hacienda de Galeyo elementos grotescos: un bellotar, un queso, “vestidos domingueros”, “puercos herbajados”, calzones, zamarra, un hurón, “dos perros conejeros”, etc. Galeyo se ufana:

Si todas mis alquerías,  
no prestadas sino mías,  
pusiese por inventario,  
no bastaría un notario  
a escribillo en quinze días (vv. 256-60).

La hipérbole resulta extravagante, no por desmedida e irreal, sino por ostentosa y engreída. Galeyo opinaba que “todo lo puedo mandar”. Verbos como *tener*, *mandar*, *ganar*, *saber*, *hacer*, salen de su boca. Este deseo de aparentar y apegarse a los bienes raíces era propio de quienes, al ennoblecerse, adoptaban los valores aristocráticos.<sup>103</sup> El pastor pretende ser un dechado de perfección, un partido ideal para Antona,<sup>104</sup> su enamorada. Galeyo labra

cosas de madera  
como plata verdadera:  
plato, tajador y copa (vv. 248-50).

---

<sup>101</sup> Véase J. I. Gómez Zorraquino, *La burguesía mercantil en el Aragón de los siglos XVI y XVII (1516-1652)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1987, págs. 79-82 y H. Casado Alonso, “La propiedad rural de la oligarquía burgalesa en el siglo XV”, en E. Sáez, C. Segura y M. Cantera, coords., *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, Madrid, Universidad Complutense, 1985, I, págs. 581-596.

<sup>102</sup> Cf. R. Pike, *op. cit.*, pág. 118.

<sup>103</sup> Véase J. Delumeau, “Movilidad social: ricos y pobres en la época del Renacimiento”, en D. Roche y C. E. Labrousse, eds., *Órdenes, estamentos y clases*, tr. P. López, Madrid, Siglo XXI, 1978, pág. 152.

<sup>104</sup> En la paremiología, este nombre solía asociarse con “puta”, “moza correcales” o “Celestina”. Véase A. Iglesias, *op. cit.*, págs. 24 y 88.



Galeyo supone que imitará el lujo de los aristócratas manejando sucedáneos de la plata. Habiendo visto que Galeyo es buen partido para su hija, la madre de Antonia consiente en la boda:

Sea: para en uno son,  
que este es muy sabio garcón  
en el cual buen yerno siento (vv. 438-40).

Galeyo dota con bienes inmuebles, señala que quiere más a la madre de Antona que a su propia madre; solicita que, como señal del trato, Antona le dé “un abraço bien prieto” y un beso, etc. La ceremonia del desposorio carece de solemnidad y rebosa de ramplonería y sensualidad.<sup>105</sup>

La burla va centrada en ocasiones en la indumentaria del pastor.<sup>106</sup> Galeyo se cambia de ropa para hacer valer sus méritos personales, para mostrar que él también tiene prestigio, pero su ineptitud para cometidos que no sean ordinarios lo convierte en personaje cómico. Galeyo quiere casarse con Antona y, por tanto, ha de vestirse lucidamente para las vistas. Aspira a cubrirse de forma más agraciada a la usual:

Desnúdome estos vestidos,  
póngome otros más polidos,  
pues que tengo de ser gallo.  
Sus, bonete, capa y sayo,  
que ya salgo de desmayo;  
calçones y samarreo (vv. 293-98).

El rico burgués solía vestirse lujosamente para indicar que era hombre de honra. Galeyo considera que su traza externa hará creer a los demás que no es un vulgar pastor, sino un escudero:

¿en este monte qué quiero?  
dirán que soy escudero

---

<sup>105</sup> En Aragón, durante el siglo XV, las capitulaciones matrimoniales se oficiaban ante notario y debían regirse por el fuero del reino; se hallaban presentes, habitualmente, los padres de los novios; en el pacto se negociaban todos los gastos con sumo detalle; se trataba también de la posible disolución del matrimonio; se enumeraban las obligaciones que debía cumplir el viudo o la viuda con el alma del cónyuge fallecido; la dote era entregada en dinero; se indicaban cuáles eran los plazos exigidos para recibir las ayudas económicas y quién debía correr con los gastos de la boda. Cf. M<sup>a</sup> del Carmen García Herrero, “Las capitulaciones matrimoniales en Zaragoza en el siglo XV”, en M. Á. Ladero Quesada, *op. cit.*, págs. 381-98.

<sup>106</sup> Cf. N. Salomon, *op. cit.*, pág. 85.

que ando buscando el camino (vv. 313-15).

Villalobos se burlaba del ansia del plebeyo por descollar:

Y ¿por qué los labradores  
Quieren hacerse escuderos,  
Y por qué los ganaderos  
Quieren hacerse señores?  
Dejan vida descansada  
Y dejan vida abundosa,  
Toman la muy peligrosa,  
Toman la muy fatigada".<sup>107</sup>

En el Antiguo Régimen, la indumentaria marcaba la jerarquía social. Los nobles debían vestir sedas; los burgueses, paño; los campesinos, lino o telas bastas.<sup>108</sup> Galeyo piensa que, cambiando sus prendas toscas por ricos tejidos, conquistará el modo de vida aristocrático. El color de la ropa elegida por Galeyo, el negro, no parece ser el más adecuado para celebrar unos esponsales,<sup>109</sup> pero la expresión chabacana con que se refiere a la tela contribuye al sarcasmo:

Hideputa, qué buen paño.  
No me engaño,  
más vale negro que blanco (vv. 301-3).

Las églogas creadas por Juan del Encina estaban ligadas directamente con una serie de transformaciones sociales que se produjeron en el Renacimiento; a saber: nuevas relaciones entre los estamentos, cambios en la configuración económica, individualismo. Muchos mercaderes se enriquecían y alcanzaban la hidalguía. Los Reyes Católicos

---

<sup>107</sup> F. de Villalobos, *op. cit.*, pág. 425 a.

<sup>108</sup> Véase P. Molas, *op. cit.*, pág. 173. A don Duardos, quien no viste conforme a su alto estado, le advierte Flérida: "Deves hablar como vistes,/o vestir como respondes. Cf. G. Vicente, *Teatro castellano*, ed. M. Calderón, Barcelona, Crítica, 1996, pág. 215.

<sup>109</sup> No obstante, el color negro se había impuesto en las clases altas desde el reinado de Fernando el católico. Galeyo pretende imitar el modo de vida noble. Cf. F. Boucher, *Historia del traje en Occidente desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Barcelona, Montaner y Simón, 1967, pág. 226. Según Mal Lara, en algunas ciudades todos vestían tan bien que "el ruyn linaje con dos varas de seda encubre su mal y lo tienen por cavallero". Apud C. Chauchadis, *op. cit.*, pág. 147, nota 31.

recurrían a plebeyos para ocupar cargos en las cancillerías, en la administración, en la Iglesia, etc. Era evidente que el estado llano medraba y tomaba posesión de cargos que tradicionalmente habían sido desempeñados por la nobleza. Ésta, que no permanecía al margen de la situación, ideó recursos para hacer frente con éxito a sus competidores. El teatro se convirtió en un arma de propaganda cuya finalidad consistió en desprestigiar las ambiciones del vulgo. Encina y otros poetas que servían a los aristócratas subieron al ara dramática a los pastores, que encarnaban al común, y representaron su torpeza para ejercer cometidos que eran propios del mundo nobiliario. Se trataba de mostrar que los burgueses, por más que alardeasen de tener honra y riqueza, eran serviles y ruines. Por tanto, no eran competentes para actuar como los aristócratas, tan distinguidos, sino que debían dedicarse a realizar actividades viles y mecánicas. Identificar al estado llano con pastores suponía desvalorizarlo al máximo. Para evidenciar aún más las carencias de dichos palurdos, hablaban éstos en sayagués, forma lingüística convencional basada en el leonés, pero envilecida de tal modo que la expresión incorrecta y zafia colaboraba grotescamente en la sátira.

Ximénez de Urrea, continuando la tradición iniciada en Castilla por Juan del Encina, se burla en sus églogas de las pretensiones de letrados, burgueses y cualesquiera otros individuos del estado llano que aspiraban a gozar de los empleos y disfrutar de las ventajas que, desde tiempo inmemorial, habían detentado y aprovechado los nobles. Uno de los medios más eficaces para degradar a los villanos consistía en oponer la refinada sensibilidad del mundo cortesano con la grosería de los pastores. Éstos, al jactarse de su vida virtuosa o de haberse enaltecido, debían de provocar la risa del auditorio aristocrático. Si consideraban los villanos que el amor, sentimiento tan delicado, era mercancía o simple carnalidad, el desprestigio que lograban en las tablas era evidente. ¿Cómo podrían enorgullecerse los miembros del común de ser honrados, ilustres o afortunados si exhibían un comportamiento vicioso, tosco e infame? La humillación era absoluta. El villano, que tanto presumía de pureza religiosa, se revelaba como un hipócrita que, con tal de conseguir sus fines, recurría a cualquier stratagema, por pecaminosa que esta fuese. Individuos así no estaban capacitados para tomar las riendas de la sociedad porque los desacreditaba su rudeza, su altanería, su escasez de emociones puras, su dudosa moralidad.